

## ENTORNO NATURAL Y ARQUITECTURA EN LA SIERRA DE SAN VICENTE

En los últimos 50 años de nuestra historia se han construido más edificios que en resto de los siglos que nos han precedido. En este corto periodo de tiempo hemos visto la llegada de una modernidad que, si bien ha supuesto muy visibles beneficios prácticos en la vida de las últimas generaciones, también ha implicado un notable e irreversible deterioro en nuestro entorno natural. Como consecuencia de esto, puede constatarse un comprensible –aunque no suficientemente fundado– rechazo a la arquitectura moderna, a la que en no pocas ocasiones, responsabilizamos de ruptura respecto al medio.

Las propuestas de la arquitectura de vanguardia ofrecidas entorno a 1930 por el llamado Estilo Internacional, pretendían superar los localismos regionales en orden a un modelo de edificación capaz de canalizar los avances técnicos del progreso a todos los rincones del planeta. Estas ideas llegaron a fructificar con tal éxito que, a fecha de hoy, casi todos los nuevos edificios que se construyen cuentan con unos estándares técnicos mínimos de higiene y de confort. Sin embargo esto no es suficiente. Desde los años 50 del siglo XX, los propios arquitectos ejercieron la crítica al Estilo Internacional al entender que, en su condición genérica y abstracta, había obviado los valores del entorno concreto y de los lugares que constituyen el soporte específico de cualquier arquitectura. Ahora bien, esta reivindicación de lo local no significaba en modo alguno una renuncia a los logros de la modernidad. Tal modernidad, entendida como *actualidad* o como *coherencia* con nuestro tiempo es irrenunciable. Por ello, es fundamental aceptar el reto que supone el llevar a cabo una arquitectura que, siendo plenamente moderna, sea a su vez armónica con el legado de nuestra historia y con nuestros entornos naturales y paisajísticos. El recelo que, desde el punto de vista de la ciudadanía, se constata frente a la modernidad se debe más bien al hecho de que tal modernidad no llegó a implementarse en nuestra comarca sino de una forma completamente atropellada. Las contribuciones que suponían los beneficios de la técnica y de la industria se instrumentalizaron de forma estrictamente especulativa, cuando no de una forma urgente, es decir, sin el suficiente debate y asimilación en el tiempo. Pero, frente a la modernidad no cabe quedarse atrás, sino asumirla, y desde dentro criticarla y en su caso, superarla.



El entorno natural de nuestra comarca es especialmente rico en lo que, en términos arquitectónicos, denominamos como «el lugar». Los antiguos arquitectos griegos aludieron al «genius loci» (genio del lugar) como síntoma de una especial sensibilidad hacia determinados entornos naturales y paisajísticos, cuyo análisis previo era condición necesaria e imprescindible para ubicar y diseñar sus edificios en diálogo con los dioses. De igual forma, muchas culturas rurales concibieron una pléyade de duendes, hadas, genios, xanas, etc... que no eran sino la representación imaginaria y mitológica de ciertas componentes psicológicas frente al bosque, el río, la montaña, el abismo, la tiniebla, y en definitiva, frente a la naturaleza y la divinidad, entendida ésta como conexión con el todo. Podríamos definir «el lugar» como aquellas condiciones del entorno que nos envuelve en el contexto espacial y natural donde habitamos. Se trata de una relación psicológica y material que el hombre establece con el medio preexistente y frente al que cabe intervenir desde la arquitectura. Basta un paseo por nuestras tierras para constatar una extraordinaria sinfonía de registros en el paisaje; la topografía del terreno, la variedad de luz solar filtrándose entre el follaje de encinas, las zonas de sombra, la posición cambiante del horizonte, tal o cuál árbol, el fondo de telón que constituye la sierra de Gredos, un conjunto de rocas con musgo, un arroyo, un pajar, etc... La búsqueda de esta referida relación armónica entre el hombre y su entorno es tarea fundamental de la arquitectura.

Podríamos por tanto señalar que la materia prima de la arquitectura es el «lugar» en que se inserta, por lo que el reconocimiento y atinado análisis del mismo es quizá la mayor prueba de aptitud con que puede medirse un arquitecto. Nuestra comarca carece de holgados medios económicos, sin embargo cuenta con innumerables, y a veces no suficientemente

valorados, «lugares» que la conforman. Por ello, y lejos de los tan perjudiciales como difundidos edificios realizados al albur de nuestra vanidad, hemos de recuperar el humilde y respetuoso saber escuchar lo que nuestro entorno nos dice, aquello que gratuitamente nos ofrece, aquello con lo que ya contamos y a veces tanto despreciamos. Es sólo desde esta humilde posición como podemos recuperar la sensata e inteligente actitud que nuestros antepasados supieron adoptar en lo que al diálogo con la naturaleza se refiere.

El desarrollismo especulativo que tanto se ha cebado en la construcción en los últimos tiempos nos ha hecho desatender estos aspectos que entendemos son insoslayables, so pena de seguir deteriorando nuestro patrimonio natural. En las últimas décadas, una creciente liberalización en el peor sentido del término, se ha apoderado de todas las iniciativas relacionadas con la gestión del suelo, lo cual, junto al demagógico discurso de la simplicidad (que no sencillez) tan presente en nuestras sociedades, ha conllevado a un muy lamentable solipsismo de los actos de construcción. Así por ejemplo, construir una casa, se ha entendido como un vulgar «meter donde quepa» y en donde a lo sumo, una bien intencionada voluntad de respeto al entorno se ha entendido en términos del más anacrónico y mimético historicismo. Es por tanto prioritario un esfuerzo colectivo tendente a recuperar la conciencia acerca de la complejidad de los actos arquitectónicos y urbanísticos. Estos, en ningún caso pueden ser entendidos como una simple respuesta a las necesidades inmediatas de promotores o intereses individuales. La inmensa mayoría de los edificios son de promoción privada, y sin embargo, cada uno de ellos constituye un pedazo de ciudad, de igual modo que modifica y condiciona el entorno en que se inscribe. Pero la ciudad y el entorno pertenecen a todos, lo cual, aún siendo una obviedad, no ha impedido el que hayamos asistido a un notable y progresivo deterioro en lo que a la civilidad de la arquitectura se refiere. Advertimos una muy generalizada desidia respecto a estos asuntos, y por lo tanto, una muy notable crisis en nuestra capacidad de crítica. Por otra parte, nuestra experiencia nos dice que, en las actuales democracias, las contribuciones profesionales no pueden llevarse a buen puerto, si no es con el respaldo y adecuada sanción de la ciudadanía, por lo que la labor de divulgación de los contenidos es de vital importancia.

Arturo Tomillo Castillo, Arquitecto